1ª Serie || || Núm. 8.

LA REVISTA

Órgano de la Academia Guatemalteca, Correspondiente de la Academia Española.

SUMARIO

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NÚMERO.

I. La conjuración de las palabras: (cuento alegórico) por B. Pérez Galdós.—II. Recuerdos de un viaje por España: (continuación) por D. A. Gómez Carrillo. —III. Apuntamientos sobre el origen y etimología de los apellidos castellanos y de los que se llevan en la América Latina: por D. A. Machado (continuación.) —IV. Tradiciones guatemaltecas; los antropófagos de Tesulutlán: por D. M. Diéguez.—V. Colección de voces y locuciones viciosas y provinciales que se usan en Guatemala, escrita en orden alfabético, por D. Antonio Batres Jáuregui (continuación.)—VI. Á mi madre: (poesía escrita para mi hija María) por D. Fernando Cruz.

GUATEMALA.

Tipografía "La Unión," Octava Calle Poniente, número 6.

1888.

LA REVISTA

Organo de la Academia Guatemalteca, Correspondiente de la Academia Española.

1ª Serie. | Guatemala: 16 de agosto de 1888. | Núm. 8.

ESTE PERIÓDICO

sale á luz los días 1.° y 16 de cada mes. Un real es el precio de cada ejemplar, por suscrición ó aisladamente comprado. Don J. Víctor Sánchez tiene á su cargo la administración del periódico.

Conjuración de las palabras.

CUENTO ALEGÓRICO.

Erase un gran edificio llamado *Diccionario de la lengua castellana*, cuyo tamaño era tan colosal y fuera de medida, que, al decir de los cronistas, ocupaba casi la cuarta parte de una mesa, de estas que, destinadas á muchos usos, vemos en las casas de los hombres. Si hemos de creer á un viejo documento hallado en un viejísimo pupitre, cuando ponian al tal edificio en el estante de su dueño, la tabla que le sostenia amenazaba ruina, con detrimento de todo lo que encima habia. Formábanlo dos anchos murallones de cartón, forrados en piel de becerro jaspeado, y en la fachada, que era también de cuero, se veía un ancho cartel con letras doradas, que decían al mundo, á la posteridad, el nombre y la significación de aquel gran monumento.

Por dentro era una maravilla tan curiosa, que ni el mismo laberinto de Creta se le igualaba. Dividíanlo hasta seiscientos tabiques de papel con sus números llamados páginas; cada tabique estaba subdividido en tres galerías ó columnas muy grandes y en estas galerías se hallaban innumerables celdas, donde vivían los ochocientos ó novecientos mil seres que en aquel vastísimo y complicado recinto tenían su habitación. Estos seres se llamaban palabras.

Una mañana sintióse un gran ruido de voces, patadas, choques de armas, roces de vestidos, llamamientos y rumores, como si un numeroso ejército se levantara y vistiera con gran prisa, apercibiéndose para una atroz y descomunal batalla. Y á la verdad, batalla ó cosa parecida debía ser, porque á poco rato salieron todas ó casi todas las palabras del *Diccionario*, formadas en orden, con fuertes y relucientes armas, formando un escuadrón tan grande que no cupiera en la misma Biblioteca nacional. Magnífico y sorprendente era el espectáculo que este ejército presentaba, según me dijo el testigo ocular que lo presenció todo desde un escondrijo inmediato, el cual testigo ocular era un viejísimo *Flos sanctorum*, forrado en pergamino, que en el propio estante se hallaba á la sazón.

La comitiva avanzó hasta que estuvieron todas las palabras fuera del edificio; trataré de describir el orden y aparejo de aquella procesión, siguiendo fielmente la veraz escrupulosa y auténtica narración del *Flos sanctorum*.

Delante venían unos heraldos llamados Artículos, vestidos con relucientes dalmáticas y cotas de finísimo acero; no llevaban armas, y sí los escudos de sus señores los Sustantivos, que venían un poco más atrás. Estos formaban un número cuasi infinito, y estaban todos tan vistosos y gallardos que daba envidia el verlos. Unos llevaban resplandecientes armas del más puro metal, y cascos, en cuya cimera ondeaban plumas y festones; otros vestían lorigas de paños de Segovia con listones de oro y adornos recamados de plata: otros cubrían sus cuerpos con luengos trajes talares, á modo de senadores venecianos. Unos venían caballeros en poderosísimos potros cordobeses

y otros á pie. Algunos había también menos ricos y lujosos que los demás; y aun puede asegurarse que había bastantes pobremente vestidos, si bien estos eran poco vistos, porque el brillo y esplendidez de los otros, como que les ocultaba y oscurecía. Al lado de los Sustantivos estaban los Pronombres, que iban á pie y delante, teniendo la brida de los caballos, ó detrás, sosteniendo la cola del vestido de sus amos, ó guiándoles á guisa de lazarillos, ó bien dándoles el brazo para sostén de sus flacos cuerpos; porque, sea dicho de paso, también había Sustantivos muy valetudinarios y decrépitos, y algunos parecían próximos á morir. También es cierto que había algunos Pronombres que se hallaban allí representando á sus amos que se habían quedado en cama por enfermos ó perezosos, y estos Pronombres formaban en la línea de los Sustantivos como si de tales hubiera categoría. No es necesario decir que los había de ambos sexos; y las damas cabalgaban con tanto donaire como los hombres, y aun esgrimían las armas con tanto desenfado como ellos.

Detrás venían los Adjetivos, todos á pie: y eran como servidores ó satélites de los Sustantivos, porque formaban al lado de ellos y atendían á sus razones para obedecerlas. Era cosa sabida que ningún caballero Sustantivo podía hacer cosa buena sin el auxilio de un buen escudero de la familia de los Adjetivos: pero éstos, á pesar de la fuerza y significación que presentaban á sus amos, no valían solos ni un ardite, y se aniquilaban completamente en cuanto quedaban solos. Eran muy brillantes y primorosos sus vestidos y adornos, de colores vivos y formas muy determinadas; y lo más particular era que cuando se acercaban al Sustantivo, éste tomaba el color y la forma de aquéllos, quedando trasformado al exterior, aunque en la esencia el mismo.

Como á diez varas de distancia venían los Verbos, que eran unos seres de lo más extraño y maravilloso que puede concebir la fantasía.

No es posible decir su sexo, ni medir su estatura, ni pintar sus facciones, ni contar su edad ni definirlos con precisión ni exactitud. Basta saber que se movían mucho y á todos lados, y tan pronto iban hacia atrás como hacia adelante, y se juntaban dos para andar juntos. Lo cierto del caso según me aseguró el *Flos sanctorum*, es que sin tales Verbos no se hacía cosa á derechas en aquella república, y, si bien los Sustantivos eran muy útiles, no podían hacer nada por sí, y eran como unos instrumentos ciegos cuando no los dirigía algun Verbo. Tras éstos venían los Adverbios, que tenian catadura de pinches de cocina: no servian más que para prepararles la comida á los Verbos y servirles en todo. Es fama que eran parientes de los Adjetivos, como lo acreditaban viejísimos pergaminos genealógicos, y aun había Adjetivos que servían en la clase de Adverbios, para lo cual bastaba ponerse una cola ó falda en esta forma: *mente*.

Las preposiciones tenian un cuerpo enano; y más que personas parecian cosas que se movían automáticamente: iban junto á los Sustantivos para llevar recados á algún Verbo, ó vice-versa. Las conjunciones andaban por todos lados metiendo bulla; y había especialmente una llamada *que*, que era el mismo enemigo; y á todos los tenía revueltos y alborotados, porque indisponía á un señor Sustantivo con un señor Verbo, y á veces trastornaba lo que éste decía, variando completamente el sentido. Detrás de todos venían las interjecciones que no tenían cuerpo, sino tan sólo unas cabezas con una gran boca, siempre abierta. No se metían con nadie, y se manejaban solas; que aunque pocas en número, es fama que sabían hacerse valer.

De esas palabras algunas eran nobilísimas, y llevaban en sus escudos delicadas empresas, por donde se venía en conocimiento que tenían abolengo latino ó árabe: otras no tenían alcurnia antigua, y eran nuevecillas, y de poco más ó menos. Las nobles las trataban con desprecio. Algunas había también que estaban en calidad de emigradas de Francia, esperando el tiempo para adquirir nacionalidad. También había algunas que se caían de puro viejas, y estaban arrinconadas, aunque las demás tenían consideración á sus canas; y las había también tan petulantes y pretensiosas, que desdeñaban á las demás mirándolas desdeñosamente.

Llegaron á la plaza del Estante y la ocuparon toda. El verbo *Ser* hizo una especie de cadalso ó tribuna con dos admiraciones y algunas comas que por allí había, y subió á él con intención de hablar; pero le quitó la palabra un Sustantivo muy travieso y hablador llamado *Hombre*, el cual, subiendo á los hombros de sus edecanes, los nobles Adjetivos *Racional y Libre*, saludó á la multitud, quitándose la H, que á gui-

sa de sombrero le cubría, y empezó á hablar en estos ó parecidos términos.

"Señores: la osadía de los escritores españoles ha irritado nuestros ánimos, y es preciso darles justo y pronto castigo. Ya no basta introducir en sus libros palabras francesas, con gran detrimento nuestro, sino que cuando por casualidad se nos emplea, trrstornan nuestro sentido y nos hacen decir lo que no significamos. *(Bien, bien)*. De nada sirve nuestro noble origen latino, ni la exactitud de nuestro significado. Se nos desfigura de un modo que da grima y dolor el recordarlo. Así, permitídme que me conmueva, porque las lágrimas brotan de mis ojos y no puedo reprimir la emoción." *(Nutridos aplausos.)*

El orador se enjugó las lágrimas con la punta de la *e*, que le servía de faldón, y ya se preparaba á continuar, cuando le distrajo el rumor de una disputa que no lejos se había entablado.

Era que el Sustantivo *Sentido* estaba dando de mojicones al Adjetivo *Común*, y le decía:

—Pero, follón, y sucio vocablo; por ti me traen asendereado, y me ponen como salvaguardia de toda clase de desatinos. Desde que un escritor no entiende palotada de una ciencia, se escuda con el *sentido común*, y ya le parece que es el más sábio de la tierra. Vete, sucio Adjetivo; lejos de mí, ó te juro que no saldrás con vida de mis manos.

Y al decir esto, el *Sentido* enarboló la *t*, y dándole un garrotazo con ella al Adjetivo le dejó tan mal parado, que tuvieron que ponerle un vendaje en la *o*, y vizmarle las costillas de la *m*, porque se iba desangrando por allí, con más prisa que satisfacción.

—Haya paz, señores, dijo un Sustantivo Femenino llamado *Filosofía*; que con dueñescas y blanquísimas tocas apareció entre el tumulto. Mas en cuanto le vió otra palabra llamada *Música*, se echó sobre ella, y empezó á mesarla los cabellos y á darle coces, diciendo:

—Miren la bellaca, la sandia, la loca; ¿pues no quiere llevarme encadenada con nna Preposición, diciendo que yo tengo filosofía? Yo no tengo sino Música, hermana, y ruego á Dios no se pudra de vieja si anda en compañía con la *Alemana*, que es otra vieja loca.

—Quita allá, pazpuerca, dijo la *Filosofía* arrancándole á la *Música* el penacho ó acento, que muy erguido sobre la *u* llevaba; quita allá, que para nada vales, ni sirves más que de pasatiempo pueril.

—Poco á poco, señoras mías, dijo un Sustantivo alto, delgado, flaco y medio tísico, llamado el *Sentimiento*. A ver, señora *Filosofía*, si no me dice V. esas cosas á la *Música*, ó tendremos que vernos los dos. Estése V. en paz, y deje á Perico en su casa, porque todos tenemos trapitos que lavar, y si yo saco los suyos, ni con coladas habrán de quedar limpios.

—Miren el mocoso, dijo la *Razon* que andaba por allí en traje de mañana y un poquillo desmelenada; ¿qué sería de vuesas mercedes sin mí? No reñir, y cada uno á su puesto, que si me incomodo....

—No ha de ser dijo el Sustantivo *Mal*, que á la sazón llegaba.

—¿Quién le mete á V. en estas danzas, tío *Mal*? Váyase con Dios, que ya está demás en el mundo.

—No, señoras, perdonen usías; que no estoy sino muy retebién. Un poco decaidillo estaba; pero después que he tomado este lacayo, que ahora me sirve, no me va tan mal.

Y mostró un lacayo que era el adjetivo *Necesario*.

—Quítenmela, que la mato, dijo la *Religión* que había venido á las manos con la *Política*; quítenmela, que me ha usurpado el nombre para ocultar en el mundo sus socaliñas y gatuperios.

—Basta de alusiones personales, dijo el Sustantivo *Absolutismo*, que todo tiznado de negro se presentó para poner paz en el asunto.

—Déjeles que se arañen, hermano, dijo la *Hipocresía*, que estaba rezando el rosario en una sarta de puntos suspensivos; déjelas que se arañen, que ya sabe vuestra señoría que rabian de verse juntas. Entendámonos nosotros y dejémoslas á ellas.

—Sí, bien mio....¿Pero cuándo nos casamos? Dijo el Sustantivo masculino.

—Pronto, luz de mis ojos, dijo el femenino.

Mientras estos dos amantes desaparecían abrazados ante la multitud, se presentó un gallardo Sustantivo vestido con relucientes armas, y trayendo un escudo con primorosas figuras y lemas de plata y oro. Este sustantivo se llamaba el *Honor*, y venía á quejarse de los innumerables desatinos que hacían los humanos en su nombre, dándole las más raras aplicaciones, y haciéndole significar lo que más les venía á cuento. Pero el Sustantivo *Moral*, que estaba en un rincón atándose un hilo en la *l*, porque se le había roto en la refriega anterior, se presentó atrayendo las miradas

de todos. Quejóse de que se le subían á las barbas ciertos Adjetivos advenedizos; y concluyó diciendo que no le gustaban ciertas compañías, y que prefería andar solo, con lo cual se rieron otros muchos Sustantivos, que no llevaban nunca menos de seis Adjetivos de servidumbre.

Entre tanto, el Sustantivo *Inquisición*, que era una vieja que no se podía tener, estaba pegando fuego á una hoguerilla que había hecho con interrogantes gastados y palos de *T.* y algunos paréntesis rotos, en la cual hoguera dicen que quería quemar á la *Libertad*, que andaba dando zancajos por allí con singular gracia y desenvoltura. Por otro lado estaba el Verbo *Matar* dando grandes voces y cerrando el puño con rabia, diciendo de vez en cuando:

—¡Si me conjugo!...

Lo cual, oyendo el Sustantivo *Paz*, vino corriendo con tanta prisa, que tropezó en la *z* con que venía calzada, y cayó cuan larga era dando un gran batacazo.

Allá voy, dijo el Sustantivo *Arte*, que ya se había metido á zapatero. Allá voy, á componer ese zapato, que es cosa de mi incumbencia.

Y con unas comas le clavó la *z* á la *Paz* que tomó vuelo, y se fué á hacer cabriolas ante el nombre propio *Chassepot*, de quien dicen que estaba grandemente enamorada.

No pudiendo ni el verbo *Ser*, ni el sustantivo *Hombre*, ni el adjetivo *Racional* poner en orden á aquella gente, y comprendiendo que de aquella manera iban á ser vencidos en la desigual batalla que con los escritores españoles iban á emprender, resolvieron volverse á su casa. Dieron orden de que cada cual se fuera á su celda, y así se cumplió; aunque costó gran trabajo encerrar á algunas rezagadas que se empeñaban en alborotar y hacer el coco.

Resultaron de este tumulto algunos heridos que aun están en el hospital de sangre del *Diccionario*. Han determinado congregarse de nuevo para examinar los medios de imponerse á los escritores. Se está redactando un reglamento que establecerá el orden en las discusiones. Aquella conjuración no tuvo resultados, pues gastaron el tiempo en estériles debates y luchas intestinas, en vez de congregarse para combatir al enemigo común: así es que concluyó todo con más prontitud que fruto.

El Flos sanctorum me aseguró que la *Gramática* había mandado al *Diccionario* una embajada de géneros, números y casos, para ver si por las buenas y sin derramamiento de sangre, se arreglaban los trastornados asuntos de la *lengua castellana*.

B. PÉREZ GALDÓS.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR ESPAÑA.

(*Continuación.*)

Es la estación del ferrocarril de Burgos una de las mejores del Norte de España, y está rodeada de árboles, jardines y vistosas casas de varios pisos. Al ocupar uno de los coches del tren para seguir mi marcha á San Sebastián, me encontré con un caballero y tres señoritas que con él iban y se dirigían á Vitoria, capital de la provincia de Alava. A primera vista me formé muy buena idea de aquellos compañeros de viaje, y á medida que caminábamos me confirmaba en mi opinión, deducida ésta de la amabilidad que en tales gentes advertí y de la instrucción indisputable del sujeto dicho, que era abogado y había sido repetidas veces diputado á cortes.

Su carácter accesible y franco me permitió fácilmente entrar en conversación con él; y como la política es en aquel país el asunto principal en todos los círculos, no tuve inconveniente en tocar esta materia, preguntándole qué pensaba del cambio de gabinete ocurrido en febrero de aquel año, 1881. Todos tienen derecho, me dijo, á tomar parte en la gestión de los negocios del Estado: existen en España dos grandes partidos bien organizados; el que preside el Sr. Cánovas del Castillo ha estado en el gobierno desde 1875; natural era pues que le llegase su turno á la agrupación de que es jefe el Sr. Sagasta. Con estas ó parecidas palabras contestó á mi pregunta; y luego, animándose su semblante, tomando su rostro la expresión que le prestaba el interés con que veía la cosa pública, me manifestó que, en su concepto, el llamamiento que se hizo á D. Alfonso en 1875, había sido necesario, y que al apoyarlo con el ejército los generales

Martínez Campos, Jovellar y otros, no habían hecho más que interpretar de un modo fiel la voluntad del pueblo español en su mayoría, ahogando los elementos de discordia cuyo imperio sufría el país y destruyendo los gérmenes de descomposición funesta que ya se notaban por desgracia. Repúsele que tal era también el parecer de muchos y muchos hombres públicos, para quienes la interinidad en que España estaba después de la salida del rey D. Amadeo, tenía el triste privilegio de engendrar conflictos fecundos en irritaciones y violencias, siendo el gobierno de D. Alfonso una necesidad que se imponía como condición forzosa para el sostén del orden y el más pronto término de la guerra carlista.

De las ideas que mi compañero de viaje expresaba deduje desde luego el matiz de su criterio en política; pero no tardé en convencerme de lo exagerado de sus principios cuando hablamos de la constitución de 1876, que es la vigente. Díjome que, como obra del Sr. Cánovas, á cuyo bando él pertenecía ostensiblemente, la toleraba y aun respetaba; pero que, á su juicio, el poder debía estar concentrado en la Península en manos de un soberano absoluto. No pude menos de exponerle la sorpresa con que lo escuchaba, recordándole que el espíritu moderno no consiente régimen despótico, y que ya España estaba cansada del absolutismo y enflaquecida por su letal influjo. A esto repuso que su criterio se fundaba en las enemistades profundas entre varias de las provincias y en la fisonomía especial de algunas de ellas. No quieren los vascongados, me dijo, á los demás españoles, ni los catalanes á los castellanos y andaluces: las intolerancias regionales son fuertes y exigen un poder central vigoroso. Le manifesté que, efectivamente, es bien sabido que los antoganismos fomentan la desunión, y que en ese caso están los gobiernos obligados á trabajar por la unidad y la concordia; pero que eso no quiere decir que los mandatarios deban gobernar sin trabas, ó sin leyes que regulen sus procedimientos: que la anarquía que él vislumbraba para el porvenir era ilusoria, porque el gobierno de D. Alfonso, tal como estaba constituido, abundaba en medios para sostener su autoridad en todo el territorio español y manejar acertadamente los intereses colectivos. Son imaginarios, le añadí, los peligros de los antagonismos regionales; los motivos de disensión cuya influencia se siente, irán desapareciéndo al favor de una política que aune las voluntades de todos y borre diferencias que no tienen razón de ser en España, en donde por fortuna se va avanzando hacia el grado de sociabilidad política que se requiere para reunir todas las fuerzas en una misma dirección, con tendencia marcada á la unidad apetecible.

Entretenidos en esta conversación, sostenida con verdadera cultura por parte de mi compañero de viaje, íbamos recorriendo en el tren la hermosa planicie de cuatro leguas de largo, que existe entre Burgos y Quintanapalla y que nada particular ofrece á la vista de los que la atraviesan. Preguntéle, por último, si las teorías que acababa de expresarme eran sustentadas por él en los debates del congreso, y me respondió negativamente, diciéndome que no era orador, de modo que no podía hacer uso de la palabra con éxito satisfactorio, y que sus enunciados principios tampoco contaban con partidarios en el parlamento español. Mostrábanse las señoritas poco complacidas de la afición de su padre á la política, y así me lo indicó una de ellas. Ese empeño de hablar de la cosa pública es síntoma de una enfermedad endémica en España, que trae á mal traer al país, tan trabajado por las contiendas domésticas y el furor de los partidos.

Quintanapalla, á donde habíamos ya llegado, está situada en un punto un tanto elevado, rodeada de una fértil vega, que produce trigo, cebada y legumbres. Vi en aquel sitio una partida de ganado lanar que caminaba con rumbo al Norte; es ese uno de los ramos de la riqueza del país, pues se

calcula en más de veinte millones el número de cabezas de tal ganado en la Península, en la que también abundan los cerdos, que principalmente se alimentan de bellotas en los inmensos bosques de Extremadura.

En cuanto á recuerdos históricos, hay que decir que en Quintanapalla ratificó su matrimonio en 1682 el rey don Carlos II, conocido con el nombre del Hechizado.

Muy cerca de esa villa hay cuatro largos túneles, uno de más de mil metros, y allí se salva la línea divisoria entre los ríos Duero y Ebro. Encuéntranse después fuertes trincheras, y vese á la derecha el pueblo de Santa María de Invierno; nombre que bien conviene á ese lugarcito, en el que se experimenta un frío intenso, por su considerable altura sobre el nivel del mar.

En aquel sitio comienza ya el caminante á observar con interés las asperezas del terreno. En una garganta que forman dos cerros y una sierra está Monasterio, lugar de unos ochocientos habitantes y que tiene un elevado castillo de la época de la dominación musulmana. Campiñas fértiles ofrecen paso al ferrocarril, llegando enseguida el tren á Briviesca, villa cabeza de partido judicial, con cuatro mil almas, y aguas minerales en su término.

Otras dos cordilleras se presentan á continuación, y en su garganta está Pancorbo, pueblo de dos mil habitantes. A la salida de ese lugar se ofrece á la vista una escarpada montaña, que se atraviesa por un túnel, y el observador no puede menos de recrearse con el espectáculo de las rocas que por todos lados forman bellos paisajes.

Miranda de Ebro está un poco más allá, y es villa de tres mil almas, con guarnición en el castillo que la defiende. El terreno en que se halla situada es desigual, y espaciosa la estación del ferrocarril, en la que se descansa un buen rato, aunque ya no exista la aduana en que se registraban los baules de los viajeros cuando las provincias vascongadas disfrutaban de ciertas franquicias.

Al fin, después de tantas sinuosidades del terreno, que yo examinaba con profundo interés y me hacían recordar lo quebrado y montuoso del territorio de Centro-América, entramos en la llanura de Vitoria, contemplando desde el camino gran número de aldeas y caseríos diseminados á lo lejos. La estanción de Vitoria no es muy notable como edificio, pero no deja de ser bastante concurrida. Observando estaba yo los bellos tipos de la gente de aquella provincia, que es una de las vascongadas, cuando mi compañero de viaje y sus amables hijas se despidieron de mí con muestras de afabilidad, pues aquel era el término de su excursión. Encontréme allí casualmente con un teniente coronel á quien había conocido en Madrid, y en el momento en que con él conversaba pasó delante de nosotros un general, hombre de alta estatura, acompañado de un ayudante. Preguntéle el nombre de aquel jefe, y me dijo que era el general Loma, capitán general á la sazón de las provincias vascongadas, jefe que tanto se había distinguido en la última guerra civil, favoreciendo desde su distrito los movimientos que en Navarra había combinado contra los carlistas el rey don Alfonso, al iniciar éste la serie de operaciones que dieron por resultado en 1875 la toma del monte Esquinza y otros gloriosos triunfos precursores del término de la funesta lucha.

Vitoria, en cuya estación me hallaba, despertó en mi mente el recuerdo de un hecho glorioso para España, cual es la batalla sangrienta dada en sus inmediaciones en 1813 y cuyo éxito, favorable al ejército español, obligó á los franceses á evacuar la ciudad, de la que estaban posesionados desde 1808. En aquella larga cruzada contra las huestes orgullosas del gran Napoleón y en otras campañas han demostrado los hijos de esa tierra que son descendientes dignos de los que allá en la antigüedad dieron el triunfo á Anníbal en el memorable combate de Trasimeno.

En medio de la llanura antes citada y en la falda de una colina se alza Vitoria, cuya fundación, según se cree, fué debida en 581 á Leovigildo, rey visigodo. Posee unos 30000 habitantes, á lo sumo, y su industria consiste en fábricas de terciopelo de seda, sombreros, telas de lino, papel pintado, bugías, armas blancas de mucho crédito y utensilios de cobre. No encierra edificios de importancia, aunque la catedral no sea de escaso mérito; la Plaza Nueva, construida á fines del pasado siglo, es de piedra de sillería, y forma un cuadro de 220 pies; allí están las casas consistoriales. El teatro no es malo; tiene una elegante fachada; por lo demás, bastante buena su distribución. Dentro de las murallas existe el paseo denominado la Florida, con altos y hermosos árboles, jardines, asientos y estatuas de piedra. Esas murallas fueron construidas en 1181, por el rey de Navarra don Sancho el Sabio. Invadida después por los árabes, la recobró pronto, en 1209, el rey don Alonso VII de Castilla, que fué quien la incorporó á la corona, habiéndole concedido don Juan II el título de ciudad en 1431. La mayor parte de las casas son antiguas y de mal gusto; pero hay muchas hermosas, de estilo moderno: la ley de la renovación, que en el mundo rige en lo moral y en lo material, se hace allí sentir indudablemente.

Hallábame pues, en tierra vascongada, y escuchaba con gusto, aunque sin entenderlo, el vascuence, idioma primitivo que no es fácil desterrar, por más que lo procura el gobierno, y que hablaban muchos de los individuos agrupados en la estación. Castilla quedaba ya atrás, un tanto lejos de mí, pues Miranda es el último pueblo de la provincia de Burgos. Desde Burgos hasta Vitoria había yo recorrido en cuatro horas 123 kilómetros, camino que en otro tiempo se hacía en dos jornadas á caballo ó en un día en la diligencia.

A la verdad, los ferrocarriles constituyen un progreso positivo: cambian la situación física de los pueblos, á la vez que proporcionan grandes ventajas de otra índole. Incalculables son las consecuencias que tendrán en el porvenir de las naciones: hasta los menos ilustrados saben que la acción administrativa se debilita con la distancia, y que ésta desaparece allí donde existe la locomotora, que lleva las instrucciones, las órdenes, los funcionarios y los ejércitos con celeridad pasmosa; de modo que el ferrocarril, cuyos beneficios se saborean y aprecian por todas partes, tendrá de día en día mayor influencia en las nacionalidades, facilitando su engrandecimiento y deteniendo su desmembración. Mucho cuestan á España las líneas que posee, por las fragosidades del terreno del país; pero los frutos que de ellas recoge, la indemnizan ampliamente de las cuantiosas sumas de dinero en su construcción invertidas.

Guatemala: 10 de agosto de 1888.

A. Gómez Carrillo.

APUNTAMIENTOS

sobre el origen y etimología de los apellidos castellanos y de los que se llevan en la América Latina.

(continuación.)

Los primores principales de esta lengua tan notable, son reunir en una palabra varios conceptos, hasta el punto de que cada sílaba expresa una idea, y la anteposición ó posposición de una de ellas varía el significado.

Son vocablos muy comunes en el vascuence, *Echea*, casa; *Orma*, tapia; *Larra*, zarzal; *Garay*, mayor; *Arte*, roble; *Mendi*, montaña; *Arre-arri*, piedra. Varios de estos son apellidos, y juntándolos se forma uno nuevo.

Arrechea, casa de piedra.

Echegaray, casa mayor.

Las terminaciones más frecuentes en los apellidos de procedencia vasca, tienen á su vez significación muy clara, y son: *be-ve*, abajo; *alde*, cer-

cano; *aga*, lugar de; *gorri*, colorado; *ibar*, valle; *bide*, camino; *ola*, ferrería; *ondo*, cercano; *tza-tzu*, abundancia; *gollen*, en alto; *zabal*, ancho.

La combinación de los elementos expuestos, produce apelativos muy expresivos, como lo demuestra la lista de los que á continuación se expresan, por ser de los que más se usan en la América Latina:

Aldana, vecino.
Arroyave, hondonada con cuevas.
Arrivillaga, dos piedras juntas.
Arechavala, piedra ancha.
Arrazola, ferrería baja.
Arriaga, pedregal.
Artiaga, robledal.
Aguirre, sitio desmontado.
Bengoechea, casa de más abajo.
Borda, quinta.
Larrave, zarzal de abajo.
Larrazábal, zarzal ancho.
Lizarraga, el cenicero.
Lizarralde, próximo á un encinal.
Larraondo, junto á la zarza.
Larrainza, zarzal viejo.
Durán, abundancia de agua.
Duarte, encinal frondoso.
Echeverría, casa nueva.
Elizondo, inmediato á la iglesia.
Ybarguen, valle en sitio alto.
García, incendio de llamas agudas.
Goicolea, ferrería de arriba.
Herrarte, roble del molino.
Yriarte, roble del pueblo.
Ysaza, retama.
Yturbide, camino de la fuente.
Ybarra, llanura estrecha.
Guevara, sitio aplanado.
Mendizabal, monte alto.
Obando, situación cerca de una eminencia.
Orta, huerto, jardín.
Uribe, pueblo del bajío.
Viteri, dos pueblos casi juntos.
Velasco, muchos cuervos.
Zaldívar, valle de caballos.
Zárate, puerta ó entrada de la selva.
Zúñiga, corformidad.
Urrutia, lejano.
Ugarte, isla.

A. MACHADO.

(*Continurá.*)

TRADICIONES GUATEMALTECAS.

LOS ANTROPÓFAGOS DE TESULUTLÁN.

A fines de 1854, recorría la extensa comarca de Verapaz en la República de Guatemala, un viajero francés, recién llegado al país, con todo el afán que de conocer ruinas y antigüedades tiene naturalmente un arqueólogo.

Este caballero era joven, de complexión robusta, y, á juzgar por su traje y su cara limpia como patena, tenía que ser clérigo ó abate, como él se decía; aunque la verdad histórica me obliga á hacer constar que el hombre parecía más preocupado de las cuestiones arqueológicas y lingüísticas americanas, que del dogma y de los Concilios.

En la ocasión á que me refiero, el abate andaba por los pueblos de Cahabón y de Lanquín; se había dado el gustazo de visitar la célebre *cueva* ó gruta de este último pueblo, en la cual grabara su nombre para perpetua memoria; y proponíase estudiar no sé que ciudad en ruinas que existe por allá.

El viajero no conocía bien las costumbres de nuestros indios. Algo había leído, sin embargo, sobre la comarca de Tesulutlán, hoy Verapaz, y sobre la trágica muerte del padre Vico, á quien los indios asesinaron bárbaramente el 29 de noviembre de 1555. Esta muerte del padre Vico había herido profundamente su imaginación, y le acontecía respecto de aquel suceso, lo que según dicen pasaba á Luis XVI respecto de la vida y muerte de Carlos I de Inglaterra; es decir, que la sangrienta historia como que le sugería un presentimiento de sus futuras desgracias. Dejando á un lado rodeos y perífrasis, y hablando francamente, el abate francés tenía á las tribus indígenas de la Verapaz, un miedo de esos que hacen temblar las carnes.

Calcúlese, pues, cuál sería la situación de espíritu de nuestro viajero, cuando al hacer el camino de un pue-

blo á otro y habiendo dejado muy atrás al doméstico que le servía, se encontró de repente con que la senda estaba cortada y él se hallaba perdido en un bosque solitario de la América, en las montañas de Cahabón. Era la hora en que se pone el sol: el viajero se había apeado de su mula; y echado sobre la verde grama, meditaba sobre las funestas consecuencias que podía traerle aquel percance.

Toda su erudición histórica sobre la comarca de Tesulutlán agolpábase entonces á su mente. La bravura indomable de los indígenas, las audaces proposiciones de fray Bartolomé de las Casas, las tareas evangélicas de los padres domínicos, y, sobre todo, la muerte, la tristísima muerte del padre Vico, taladraban tenazmente el pensamiento del viajero. Hallábase engolfado en estas meditaciones, cuando llamó su atención un rumor parecido á la algazara de muchas personas que hablan á un mismo tiempo. No tuvo mucho que discurrir respecto del origen de aquel rumor, porque sobre la colina mas inmediata aparecieron á su vista hasta cincuenta indios, sin más traje que el indispensable para cubrir lo que el pudor prescribe aun á los pueblos bárbaros.

El viajero apenas hablaba castellano, pero aunque lo supiera más que Cervantes, fuérale inútil. Los indios aquellos no hablaban sino el rudo dialecto de sus antepasados.

Rodeáronle y valiéndose de señas le hicieron montar en su poderosa mula y seguir adelante. ¿A dónde? Talvez al sacrificio. Cierto es que los indios no manifestaban ferocidad en sus semblantes, sino más bien complacencia. Pero ¿no es natural que los antropófagos se sientan complacidos ante la perspectiva de un futuro banquete humano? Esta reflexión se hizo nuestro héroe, y no sirvió á la verdad para consolarle.

Tampoco produjo ese efecto la mirada que el abate dirigió á su bien conservada humanidad.

Por poco antropófagos que fueran aquellos salvajes, las carnes del viajero estaban hablando aquel lenguaje que para un gastrónomo europeo hablan los pollos bien cebados: las carnes del abate decían "comedme," con voz elocuentísima.

Serían las siete de la noche, cuando llegaron á un miserable caserío, situado en lo más intrincado del bosque. Rancho pajizo dió alojamiento al infeliz viajero. Se le sirvió una mala cena; la demostración no era hostil, pero ¿quién podía asegurar que los bárbaros no le alimentaban con el mismo fin con que los europeos alimentan á los ganzos?

La noche fué de insomnio aunque sin accidente digno de particular mención. El caballero amaneció con el ánimo abatido, é incierto sobre su destino. Además tenía calentura. Este detalle no se ocultó á los indios, pues comenzaron por propinarle un brebaje que la víctima apuró con resignación, ya que la resistencia fuera inútil. La calentura continuaba.

A eso de las once de la mañana, dos indios le tomaron uno por cada brazo, como para sacarle al patio. En la puerta de la habitación, una mirada bastó al viajero para comprender todo lo horrible de su suerte. El martirio le esperaba; un martirio tanto más doloroso, cuanto que llegaba, no á coronar su obra, sino en el comienzo de sus trabajos en América.

Ni aún le quedaba al infeliz el consuelo de morir en las tareas evangélicas, que tienen tan merecida recompensa. Proyectos puramente humanos, científicos es verdad, pero humanos al fin, habíanle llevado á aquellas regiones, donde iba á sufrir una muerte ignorada y sin mérito ante la posteridad; porque la posteridad, injusta y adoradora del éxito, niega los laureles á quien sucumbe al comenzar la jornada.

Morir como el padre Vico, pensaba el abate, por el Evangelio y á azaetasos, es morir como un héroe. Morir por andar buscando antiguallas, y con la muerte que los indios le preparaban, es morir como un cerdo. Porque es preciso decir que lo que vió el viajero en el patio, le sujirió esta última idea.

Cerca del rancho, que parecía cocina, estaba una especie de horno, formado de piedras unidas por argamasa, y con capacidad suficiente para contener á un hombre. Cierto boquete practicado en la parte inferior permitía la entrada de una persona, con tal que ésta se hiciera cuadrúpedo por un momento.

Aquel horrible aparato se parecía en la forma á las cabañas de los groelandeses, según nos vienen pintadas. En su interior veíase chisporrotear la llama de una hoguera. A pocas varas de distancia habían encendido otra fogata, sobre la cual, y apoyada en piedras llamadas *tenamastes* en el dialecto del país, se sentaba magestuosa una grande olla de barro, con agua hirviendo en cantidad suficiente para cocer á un hombre, aunque fuera tan robusto como el abate francés. Finalmente, atada en sus extremos á los horcones de la cocina, estaba una cuerda de la cual pendían muchos pedazos de carne, probablemente humana, pensó el abate, y perteneciente á su antecesor en el ara de los sacrificios Cuando éste vió el horno y la hoguera interior, no pudo menos, pues aún conservaba sus resabios bíblicos, de comparar su suerte con la de aquellos tres jóvenes hebreos que según el profeta Daniel fueron echados á un horno por orden de Nabucodonosor. Y sin embargo ¡cuánta diferencia en las circunstancias! Los dichosos hebreos no tenían á su lado el infame aditamento de la olla ni el temor de ser digeridos por estómagos de salvajes. Y luego ¡han cambiado tanto los tiempos desde Daniel para acá! Con toda esa fe que trasporta las montañas, el abate no creía poder entonces andar impunemente sobre los tizones, como lo hicieron los hebreos según el milago referido por el profeta Daniel.

El indio más anciano se acercó á la víctima y habló mucho, algo así como discurso: probablemente expresaba las razones y fundamentos de la sentencia de muerte. Todos los jueces acostumbran en tales casos dar muchas razones; en realidad no hay más que una: la razón del más fuerte. El indio le concluyó señalando el horno con la mano derecha. El viajero sintió ganas de decir *perdón:* pero un francés, aunque sea abate, no se arrodilla jamás ante sus verdugos. No era posible sin embargo callar ante tamaña injusticia; y el viajero quiso hablar. Dijo así:

"Antes que morir, yo exprimiré una palabra. Yo he arrivado á estas campañas por conocer vuestras ruinas y vuestras lenguas. Yo no estoy enemigo vuestro, yo no estoy español, mas francés. Yo estoy la misma cosa que Mr. de las Casas, que conocieron vuestros ancianos. ¿Amáis vuestros dioses? ¿No sabéis vosotros que los franceses vienen de hacer el siglo pasado una revolución por que todos los hombres tengan sus dioses que quieran? ¿Es que me queréis matar? Vendrán de Francia á matar á vosotros. ¿Es que me queréis comer? Or, yo os mandaría de Cobán, si fuese libre, seis bueyes con más carne que mí."

¿Quién podrá negar que este discurso es elocuentísimo? Pues los salvajes no se dejaron enternecer, como que no entendieron una palabra, é insistiendo en su primitiva idea, tomaron otra vez al abate de los brazos. Este formó su resolución. Para saber morir heróicamente, hay que aprenderlo de los franceses. El viajero se olvidó de su carácter sacerdotal, para acordarse solamente de su nacionalidad. Cruzóse de brazos, y mirando á sus verdugos como Dantón á los suyos desde el tablado de la guillotina, gritó:

"¡Eh bien! matadme. Yo no arrivaré al horno. Le jour de gloire est arrivé. ¡Viva la Francia!"

Acabadas de pronunciar estas palabras, se vió venir á corta distancia un ginete que espoleaba de firme á su cabalgadura. Era el criado del francés, salamateco inteligente que conocía muy bien los dialectos regionales. Habló primero con el clérigo, después con los indios. Estos son naturalmente graves, pero en aquella ocasión soltaron la carcajada más sonora que

hasta entonces se oyera en las montañas de Tesulutlán.

La cosa fué que los indios, viendo acalenturado al viajero en quien habían visto desde luego la respetable personalidad de un sacerdote, determinaron caritativamente darle un baño de *temaxcal*.

Todos los que conozcan esta usanza indígena, y hayan observado la similitud que existe entre un horno y un *temaxcal*, se explicarán fácilmente el terror del pobre extranjero.

Cuando éste se impuso del motivo que exitaba la hilaridad de sus victimarios, no dijo más que estas palabras: *c'est drôle*. Montó en su mula, y por todo el camino iba repitiendo *c'est drôle, c'est drôle*.

Este clérigo, que llegó á ser americanista distinguido (porque también los clérigos pueden ser sabios,) que tradujo el *Popol-Vuh* y que escribió la "*Historia de las naciones civilizadas de México y de la América Central*," y una "*Gramática de la lengua Quiché*," nada dice en sus obras de esta aventura. Pero en Rabinal, de donde fué párroco y donde le querían como á un padre, todos saben que el protagonista de mi cuento se llamaba *Carlos E. Brasseur de Bourbourg*.

M. Diéguez.

COLECCION

DE VOCES Y LOCUCIONES VICIOSAS Y PROVINCIALES QUE SE USAN EN GUATEMALA, ESCRITA EN ORDEN ALFABÉTICO POR

Antonio Batres Jáuregui.

A.

(*Continuación.*)

Arquilar.

Es un barbarismo muy usado, en lugar de *alquilar*, que es como dice la gente culta.

Arquimedes.

Debe pronunciarse con el acento prosódico en la E y no en la I.

Asola.

Muchos dicen asi en vez de *asuela*, que es lo correcto, como se verá en el siguiente ejemplo:

"Para acrecentar sus bríos
Contra los piratas moros
Colmóle el rey de tesoros,
Mercedes y señoríos,
Mas cediendo á sus impíos
Pensamientos de Luzbel
Desordenado y cruel
Roba, *asuela*, incendia y mata,
Y es más bárbaro pirata
Que los vencidos por él."

(Núñez de Arce. *El vértigo*.)

Asoleada.

El efecto de asolearse es en castellano *asoleo* y no ASOLEADA.

Asoleado.

Acaso porque el que sufre un asoleo vuélvese desmazalado y torpe, dicen por acá que es un ASOLEADO el hombre de pocos alcances, el dundo, el tonto.

Hubo un tiempo en que á los agentes de policía les llamaban los "asoleados," porque los veían estar todo el día al sol. En España les decían "guindillas."

"Caballo ASOLEADO" es en español "Caballo que se agua."

Hay que evitar el barbarismo ASOLIADO.

Atajo.

Significa senda por donde se abrevia el camino; pero no conjunto de animales de carga que sirven para trajinar, que en castellano se llama recua. *Hatajo* [con H] sí significa pequeño hato (aquí pronuncia la gente

del campo *jato*) de ganado y significa también muchedumbre.

Ataud.

Es vicio común decir así, en vez de ataúd, y vulgarismo el usar *cajón de muerto*, por "caja mortuoria ó féretro."

"Sigue mala; y ¿qué medida
Tomaré?—"La del *cajón*."
Dijo la de aquí en seguida
por toda contestación."

Ateperetado.

Al que no tiene tino para hacer las cosas; que se sofoca y no da con lo que desea; al aturdido, al torpe que carece de serenidad para obrar, le llaman ATEPERETADO Ó TEPERETE.

Conocemos á un D. Timoleón Teperete, que lleva este nombre como anillo al dedo, pues es nuestro D. Timoleón, aunque de la especie de los bípedos, de casta mamífera: habla hasta por los codos, tartamudea y se le trastruecan las palabras: mantiene trasconejadas sus ideas, porque siempre quiere ir convoyando á la nueva estrella ministerial y desea aspirar perpetuamente el aura del favor. Ya corre por allí; ya va á visitar al futuro candidato; ya huye del caído como de la peste; ya escribe un artículo en favor de la situación; ya se arrastra por las alfombras y las sillas de los palacios; ya se da una topetada con un portero, por entrar antes que otro á una oficina; ya dice un desatino de á folio, por decir una agudeza; ya bota al suelo su sombrero, por saludar á su jefe; ya derrama el tintero, por firmar una felicitación. Tiene TEPERETE mucho de mono, de camaleón, de perdiguero y de ostra. Algún día haremos su retrato completo; este bosquejo no tiene medias tintas, que es lo que más necesita la pintura de Timoleón Teperete.

Atipujar.

Del que se harta de alimento, dicen por acá que se ATIPUJA; si bien es preciso advertir que ese verbo sólo se usa vulgarmente por *hartar*.

Atol.

A muchas de las voces indígenas quitamos la E final, como sucede en ATOL, del mexicano ATOLE. Juan de Laet, en sus elogios á esa especie de gachas americanas, comienza diciendo: "*Quanto itaque major laus debetur nostro atole.*" Este atole nos hace recordar los apuros que pasó un amigo nuestro, émulo de Cicerón, para traducir una tarja de un grado (allá cuando había grados en filosofía y tarjas en latín) que se dedicaba á un "Capitán General;" dijo "*Decurio máximus.*" Fuentes y Guzmán asegura que se daba el nombre de ATOLE, en la Nueva España "á una poción hecha con la masa colada del maíz cocido, siempre regalada, de general avío y de mantenimiento en México, donde no había casa que no lo tomase por desayuno; sirviendo el ATOLE BLANCO á la gente doméstica y el CHAMPURRADO con chocolate á las personas de consideración, por ser en aquel reino más caro el cacao que en Guatemala. Varias eran las especies de ATOLE, que se conocían con los nombres de ISTATATOLE, JACOTOLE, NEOTINATOLE, CHILATOLE, EPASOATOLE, CHIANATOLE, TLASMIZATOLE, ELOATOLE Y CUMANATOLE."

(Recordación Florida; tomo 2.° p. 407).

La última edición del Diccionario de la Academia registra las voces *atole*, *atolero* y *atolería*. Lo que ignoraban los señores académicos, como que es locución peculiar nuestra, es que cuando algún hostigador de esos que lo quieren á uno mucho, va todos los días, á la misma hora á su casa, dícese del tal que *está como atol de enfermo*; y si es además cachazudo, que nunca se altera, se dirá que tiene *sangre de atol*.

Atolillo.

Es una especie de ATOL, que hacen de harina, leche y azúcar.

Atorarse.

Se dice vulgarmente que alguno se ATORA cuando come mucho, cuando tiene repleción de alimento: "Así que se está ATORANDO de todo cuanto encuentra, se queja de que le duele el estómago," hemos oído exclamar á algunas madres dirigiéndose á sus niños.

ATORARSE también vale entre nosotros *atragantarse*, que es como debe decirse cuando algo queda detenido en la garganta: "Estaba comiendo *mojarras* y se le ATORÓ una espina;" debiendo decirse *se atragantó* con una espina.

Atrancar.

Usese *trancar*, que no ATRANCAR, para economizar letras y disparates.

Atrasado.

Está bien usado en el sentido de pobre, empeñado; pero no puede decirse de una sementera que está *atrasada*, por falta de agua; de un ternero, que está *atrasado*, por desmerecido.

Atufado.

El Diccionario contiene este adjetivo, como anticuado, para significar el que tenía *tufos*; es decir, soberbia, altivez, vanidad ó entonamiento. Entre nosotros aun vive esa palabra, y es muy usada en lo familiar.

Autos.

Estar en autos decimos, por "estar en los autos," que es como lo trae el Diccionario.

Avalancha.

Voz introducida del francés: en castellano tenemos *alud* y *lurte*. Por más sonora que sea la palabra AVALANCHA, y por más que agrade á algunos, no la usan los escritores castizos, al decir de Cuervo, de Baralt y de otros puristas. No obstante, en más de un libro de correcta pluma, hemos visto aquella palabra. Recordamos de pronto una de las bellísimas estrofas de D. J. Velarde:

"Dijo—marchó de repente
Hacia á la mesa, llorando,
Y pluma y papel hallando,
Después de azotar su frente,
Escribió rápidamente
Con letra corrida y ancha:
"En un lugar de la Mancha
De cuyo nombre no quiero.....
Y prosiguió tan ligero
Como rueda la avalancha.

(*De cómo nació el Quijote*).

Avesmarías.

Es más común que lo que fuera de desear el oír decir AVESMARÍAS y PADRESNUESTROS, en vez de *avemarías* y *padrenuestros*, que es como enseña la gramática.

Averiguarse.

La locución familiar: "no me averiguo con tanto muchacho;" "no me averiguo con Pedro etc." por no me avengo con los muchachos; no puedo sujetar y reducir á la razón á Pedro, es muy castiza y se halla usada por escritores como Lafuente y Mesonero Romanos. El barbarismo está en decir AVIRIGUO.

Avichucho.

Derivándose de *ave*, no sabemos por qué dicen algunos AVICHUCHO, por *avechucho*.

Ayer noche.

Basta decir *anoche*.

Ayote.

Es una especie de calabaza (*cucurvita pepo*), en mexicano *ayotli* ó *ayutetl*; en Puerto Rico, *challote* ó *tallote*, y en otras partes le llaman *auyama* ó *sapayo*.

Los mismos conquistadores é historiadores españoles usaban el nom-

bre de *ayote*, como puede verse en la descripción de la rebeldía de los *sacattepeques*, acaecida el 30 de agosto de 1526, cuando D. Pedro Portocarrero tuvo que retirarse con los suyos, y "fué á dar á unos rastrojos de una dilatada *milpa*, donde enredados y detenidos de la gruesa caña y lo enlazado de los bejucos de los AYOTES que habian sembrado en ella, casi presos de los embarazos y estorbos quedaron rotos nuestros españoles, con muerte de algunos indios amigos." (*Recordación Florida*. T° 2° p. 87.)

Muchos de los nombres con que bautizaron los castellanos los frutos de la América eran los mismos nombres que en la Península se usaban para análogos frutos; si bien solían adoptar la nomenclatura indígena y corromper la española, todo lo cual dió desde un principio pintoresca variedad, con aspecto original, á las voces destinadas á representar las producciones vegetales.

"Hay muchos higos, uvas y melones
Dignísimos de ver mesas de reyes,
Pitahayas, *guanábanas*, *anones*,
Guayabas y *guaráes* y *mameyes;*
Hay *chica*, *cotuprises* y *mamones*
Piñas, *curibijures*, *caracueyes*,
Con otros muchos más que se desechan
E indios naturales aprovechan."

(*Castellanos*. Elegía 4.)

"Hay *caimitos guanábanas*, *anones*,
En árboles mayores que manzanos;
Hay olorosos *hobos*, que en faiciones
Y pareceres son *mirabolanos*;
Hay *guayabas*, *papayas* y *mamones*,
Piñas que hinchen bien entrambas manos,
Con olor más suave que de nardos;
Y el nacimiento de ellas es en cardos.

(*Castellanos*. Historia de Cartagena, C. 4.)

Lo que no sabemos es si en tiempos de los conquistadores ya se *daban ayotes* á los que, abandonados de Cupido, eran víctimas de los desaires de sus Dulcineas, ó á los pobres estudiantes que salían reprobados en sus exámenes: ya que, desde la época de Cervantes, se ha dicho en España *dar calabazas* por desechar una mujer á su novio, ó no aprobar á alguien en las pruebas literarias. Lo que es hoy no faltan *calabaceados*, que por acá reciben AYOTES; ni faltan muchos que necesitan de calabazas para nadar, ó como nosotros decimos, que no pueden nadar sin TECOMATES.

Azacuán.

Es el nombre vulgar de un milano que emigra en grandes bandadas. (*Rorthramus socialis* — Veuillot.) Cuando allá por el 15 de abril y 15 de octubre, cambia el tiempo, vense pasar por nuestro cielo millones de esos viajeros, que muchos confunden, en la clasificación científica, con el *cathartes migratorius*.

Creemos que se dió en Guatemala el nombre de *azacuán* á tales aves porque pasan por esta zona cuando va á comenzar á llover, y cuando cesa la estación de lluvias, que impropiamente llamamos invierno; de tal suerte que con los AZACUANES viene y se va, por decirlo así, el agua lluvia; y como en español el que lleva agua ó el que la trae se llama *azacán*, hubo de designarse con ese vocablo ligeramente alterado, y por traslación, al *Rortramus socialis*, que no tiene en el Diccionario español un nombre propio. También dicen en España que "anda hecho un *azacán*" el que va y vuelve muy afanado en sus negocios; y como los *azacuanes* se van y vuelven todos los años, era propio darles ese nombre, á falta de otro que fuese peculiar á ellos.

Azarearse, azareo.

En nuestro modo de decir, significa tener vergüenza, rubor. Talvez hemos alterado ó corrompido la palabra *azorarse* para venir á decir AZAREARSE. D. Rufino J. Cuervo dice que viene de *azararse*, ó sea torcerse un a-

sunto ó lance por sobrevenir un obstáculo imprevisto.

"Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y *azoróse* de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja," (Quijote.)

El *azareo* es en buen castellano *azar*.

Azopilotado.

Al que tiene aire de zopenco y anda como ZOPILOTE, le llaman AZOPILOTADO, por parecerse á este feo pajarraco, que también denominan ZOPE en México y en Centro-América: los españoles danle el nombre de *gallinaza*, los peruanos *gallinazo*, los chilenos *jote*, los bolivianos *auras*, los colombianos *chulos*, los venezolanos *samuros;* en otras repúblicas del Continente se les dice *galembos*, *tropillos*, *guaraguos;* los norteamericanos les llaman *turkey buzzard*, y los ornitólogos *vultur aureum*.

"*Zopilote*", dice sin embargo el Diccionario de la Academia Española que es el nombre que dan en América á la gallinaza; pero solamente usando de una figura de retórica, se podría aceptar ese concepto: tomando la parte por el todo. En México y en Centro-América nada más, es en donde se usa aquel nombre para significar el "asno de la gente alada", como le llamó Alcedo, en su diccionario de América. Garcilaso lo describe así: "Hay otras aves grandes negras, que los indios llaman *suyuntu* y los españoles gallinaza: son muy tragonas de carne, y tan golosas, que si hallan alguna bestia muerta en el campo, comen tanto de ella, que aunque son muy ligeras, no pueden levantarse al vuelo por el peso de lo que han comido. Entonces, cuando sienten que va gente á ellas, van huyendo á vuela pie, vomitando la comida por descargarse para tomar vuelo. No son de comer, ni de otro provecho alguno, sino de limpiar las calles de las inmundicias que en ellas echan. No son de rapiña, y el P. Acosta tiene para sí que son del género de cuervos."

D. Rafael Goyena, fabulista notable, oriundo del Ecuador y educado en Guatemala, escribió el precioso apólogo "El Zopilote con Golilla."

Por lo que dice relación con el origen de los diversos nombres que al *zopilote* se dan, oigamos á D. Ignacio Armas: "A una ave inmunda, que al aura se posa sobre los árboles, á recibir en sus abiertas alas los primeros rayos del sol, le llaman *aura* en las Antillas; en la Nueva Granada, por observar en ella la costumbre de agruparse en torno de las reses muertas, como los *chulos* de los mataderos, le pusieron *chulo;* otros *gallinaza*, nombre del estiércol de las aves, en que ésta se complace; otros *gallinazo*, no como aumentativo de gallina, sino tornando en masculina la terminación del anterior. En México y Centro-América se llama *zopilote*, nombre indígena; en Venezuela *samuro*, por lo que *jamura* ó vomita; y en la Margarita *guaraguo*, voz anticuada por *cuervo*."

Cuentan los historiadores que allá por los años de 1521 y 1522, hubo en el reino cackchiquel una peste asoladora que no daba tregua para sepultar los cadáveres, que fueron pasto muchos de ellos de los *zopilotes*. (Milla; Historia de la América Central, Tomo 1.°, página XXIX.)

(*Continuará.*)

A MI MADRE.

(Versos escritos para mi hija María.)

Al dejar de los ángeles el cielo
Y abrir mis ojos á la luz del día,
Mi ángel de guarda me acogió en el suelo,
Bajo la forma de la madre mía.

Dióme por cuna su gentil regazo
Y dicha me brindó con dulce exceso
Al imprimirme apasionado beso,
Al estrecharme con amante abrazo.

Me fabricó tan delicioso nido,
Tanta ventura disfruté á su lado,
Que pronto pude echar en el olvido
Que era un ángel, de arriba desterrado.

De sus ojos mirándome en el cielo
Huyó, del que dejaba, la memoria,
Y su sonrisa y su materno anhelo
Sentí mejor que mi perdida gloria.

En mi semblante su mirada fija,
Bañada con la luz del sentimiento,
Su amor, su corazón, su pensamiento,
Su vida toda fué para su hija.

Cruzando de la vida las colinas,
La ví que con sus manos primorosas,
Cogía para mí todas las rosas,
Y ella guardaba todas las espinas.

Y siempre enamorada, y siempre tierna,
Nutriendo mi alma de indecible bien,
Hizo mis días primavera eterna
Entre las flores de encantado Edén.

Mirando sólo luz placer y amores,
Me pregunté con estupor profundo,
Por qué decían todos que era el mundo
Un valle de miseria y de dolores?

¿Por qué llorar, si mares de amargura
Se pueden endulzar con una gota
De esa fuente infinita de ternura
Que de las madres en el alma brota?

Pero sonó después una hora aciaga;
Sopla en mi hogar el viento de la muerte:
Las flores seca, la armonía apaga
Y en tinieblas de horror la luz convierte!

Sin madre me dejó la muerte avara:
Llorando la llamé, y por vez primera,
Llamé, sin que su voz me respondiera,
Lloré sin que mis lágrimas secara!

Huérfana me quedé sobre la tierra:
Vosotros cuya madre ya no existe;
Sólo vosotros comprendeis ¡ay triste!
Cuánta amargura esa palabra encierra!

Sé desde entonces lo que son dolores;
Sé desde entonces con pesar profundo,
Que no brota la tierra sólo flores,
Y que es valle de lágrimas el mundo.

Quién mi camino limpiará de abrojos?
Quién sonreirá cuando mi labio ría?
Quién llorará como la madre mía
Cuando asome una lágrima á mis ojos?

Qué harán las hijas en el mundo solas,
Barquillas que, sin remos ni piloto,
Luchan del mar en el confín remoto
Con el furor de las hambrientas olas?

Madre! tú me enseñaste que hay un cielo
Para las almas que se van de aquí:
Envíame algún rayo de consuelo
Y amante vela sin cesar por mí!

Por mí que soy como la débil hoja
Que del árbol arranca la tormenta,
Y el Norte con su ráfaga violenta
En tumultuoso torbellino arroja!

Vela por mis hermanos! Pobres niños
Que de la Parca el inflexible brazo,
Echó sin compasión de tu regazo,
Robándose el calor de tus cariños!

Ellos, al frío de orfandad temprana,
Ay! se repliegan, cual capullo tierno
Que, en vez de abrirse al sol de la mañana,
Se abre entre nieves de terrible invierno!

De la virtud por las estrechas sendas
Tú nuestros pasos vacilantes guía,
Recordando en tu cielo, madre mía,
Que somos de tu amor las dulces prendas!

Vela también por el que triste llora
En amarga viudez, su mal profundo,
Y que es la única sombra protectora
Que les queda á tus hijos en el mundo!

Unica, no! Les queda el que ha vestido
Las aves con plumaje de colores,
Sustenta á los gorriones en su nido,
Y da á los astros luz y á al campo flores.

Dios, que como las madres de la tierra,
Para el hijo que más lo necesita,
Parece amante que en su seno encierra
Caudal mayor de protección bendita!

Siempre, Señor, mis labios te bendicen
Aunque tu mano con rigor me azote:
Tú harás que mis heridas cicatricen
Y que la flor de la esperanza brote!

Tú de los tristes único consuelo,
Tú á quien los pobres con amor imploran,
Tú que á mi madre te llevaste al cielo,
Ve por sus hijos que en la tierra lloran!

Guatemala: octubre de 1887.

F. C.

Don J. Víctor Sánchez es el Administrador de este periódico. Con él deben entenderse todos los que tengan asuntos que tratar respecto á la suscrición.

Por ausencia del Sr. Arzú Batres, desempeña el cargo el citado D. Víctor Sánchez, á quien se servirán los agentes remitir el producto de lo que se recaude. La suscrición se paga por trimestres anticipados.

Dirección: Tipografía "La Unión," 8.ª C. P., número 6.